

Historiografía Medieval del Camino de Santiago

Manuel Recuero Astray
Universidade da Coruña

INTRODUCCIÓN

El **Camino de Santiago** antes que una ruta concreta, que atraviesa países y lugares muy diversos, es sobre todo un hecho histórico de primer orden.

Como tal hecho histórico se trata de algo pasado, típicamente medieval, por mucho que hoy podamos disfrutarlo no sólo como recuerdo sino como vivencia.

Pero en nuestro caso esa «vivencia» requiere la toma de conciencia, también histórica, de lo que hacemos; mientras que los caminantes de antaño roturaban su itinerario con su propio pensamiento.

Entre otras muchas cosas el paisaje ya no es el mismo, como tampoco lo son los sentimientos que suscitan determinadas situaciones o necesidades, bastante ajenas al mundo en que ahora vivimos.

Y es que el **Camino de Santiago** tuvo sus orígenes hace casi 1200 años, cuando se produjo la invención o descubrimiento de los sepulcros compostelanos.

Bien es verdad, que este descubrimiento es tan sólo un punto de partida, lleno de incertidumbres y envuelto en la leyenda; como lo son el resto de

las referencias históricas que situaban con anterioridad la presencia y la predicación de Santiago el Mayor en la Península.

Pero esto poco importa frente a la realidad del *Camino* en la Edad Media, tal y como lo conocieron sobre todo los caminantes y viajeros de los siglos XI y XII; los de mayor auge de las peregrinaciones.

Para entonces la historia del *Camino* ya estaba hecha; me refiero a la historia *oficial*, a la leyenda. A la que le dio origen y puso en marcha a los peregrinos, a la que había hecho de Santiago de Compostela uno de los tres grandes centros de peregrinación de toda la Cristiandad, por encima de otros muchos lugares de carácter local o regional.

No cabe escandalizarse porque los hombres del siglo XII tuvieran «su» historia, pues al fin y al cabo es lo que ocurre en todas las épocas; también en la nuestra.

La historia del *Camino*, como tantas otras, fue fruto al mismo tiempo de una necesidad histórica coyuntural y de una labor historiográfica muy concreta: la necesidad que tuvieron los cristianos de encontrar referencias frente al dominio islámico en la Península, por una parte; y la tradición historiográfica leonesa —es decir, la del reino que, englobando distintos territorios del noroeste peninsular, acabó por representar un genuino proyecto político cristiano frente a aquel dominio islámico—, por otra.

A esta tradición historiográfica, que en su momento incluyó y elaboró la tradición jacobea, está dedicada fundamentalmente esta unidad didáctica.

ORÍGENES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL ESPAÑOLA

Las crónicas medievales españolas, las viejas historias de los reinos hispánicos, forman casi una serie ininterrumpida desde los albores de la Reconquista hasta la llegada de la modernidad¹. Son relatos sencillos y rústi-

¹ Todavía tiene enorme validez y utilidad el estudio realizado por B. SÁNCHEZ ALONSO sobre la *Historia de la Historiografía Española*, I, en 1947 y publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Gracias a esta obra se puede seguir con facilidad la evolución de los distintos géneros y elaboraciones históricas realizadas en la Península desde los orígenes greco-romanos hasta la modernidad.

cos, profundamente religiosos y providencialistas, repletos de narraciones bélicas, leyendas y fantasías².

Bien es verdad que su valor es mucho mayor de lo que a primera vista pueda parecer: pertenecen a una corriente historiográfica muy antigua, la greco-latina, y tratan de recoger en su simplicidad los anhelos y dificultades de toda una sociedad en expansión³.

De la época visigoda heredaron además un cierto sentido «nacional» hispánico, que san Isidoro había expresado en su *Laudes Hispaniae*, prólogo de su *Historia de los Reyes Godos, Suevos y Vándalos*:

«¡Oh España; Eres la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente a la India; tierra bendita y feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres la reina de todas las provincias; de ti reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el orbe; tú, la porción ilustre del mundo. En tu suelo florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo»⁴.

Estos sentimientos hubieron de matizarse con la destrucción del reino visigodo y la invasión musulmana de la Península; pero en buena medida permitieron que, a pesar de todo, los historiadores cristianos —los cronistas—, tras un período de silencio y oscuridad, pudieran reanudar su labor en los núcleos de resistencia frente al Islam; particularmente en el reino de León.

² E. BENITO RUANO dedicó un interesante artículo a «La historiografía en la Alta Edad Media Española, ideología y estructura», que se publicó en *Cuadernos de Historia de España*, XVII, y que profundiza de una forma mucho más concreta en los aspectos relacionados con la mentalidad y composición de las primeras crónicas de la Reconquista. La edición crítica y el estudio de estas primeras crónicas fue abordado en su momento por autores como A. HUICI MIRANDA, *Las crónicas latinas de la Reconquista, estudios prácticos de latín medieval* (2 vols. Valencia 1913) o M. GÓMEZ MORENO, *Las primeras crónicas de la Reconquista: el ciclo de Alfonso III* (BRAH, 100 1932); y más recientemente por M. DÍAZ Y DÍAZ, «La historiografía hispana desde la invasión islámica hasta el año mil» en *De San Isidoro al año 1000* (El Albir, Barcelona 1976).

³ Vid. M. RECUERO ASTRAY, *Orígenes de la Reconquista en el Occidente Peninsular*, Universidad de la Coruña, marzo 1996, pág. 27 y ss.

⁴ Vid. I. QUILES, *San Isidoro de Sevilla. Biografía. Escritos. Doctrina*, Madrid 1965(2), pág. 76.

Durante el siglo VIII, tan solo la llamada *Crónica mozárabe del 754* —escrita por un toledano totalmente sometido al poder musulmán— da testimonio de lo que había supuesto la caída del antiguo reino visigodo. Eso sí, conservando para la tradición cristiana un sentimiento nacionalista de carácter isidoriano sobre «la infeliz Hispania», cuya conquista compara con otros desastres históricos tan espectaculares como los de Troya, Jerusalén, Babilonia o la misma Roma⁵.

LAS CRÓNICAS DEL CICLO DE ALFONSO III

Fue más de un siglo después, entre el 866 y el 911, cuando algunos cronistas, al amparo de la corte de Alfonso III, elaboraron los textos que habrían de marcar la pauta política y religiosa de la tradición historiográfica leonesa⁶.

En primer lugar, un monje anónimo escribió la llamada *Crónica Albeldense*, así denominada por el monasterio riojano en que fue hallada: una miscelánea de informaciones o intento de «Historia universal», con breves biografías de emperadores romanos, curiosas descripciones del mundo y de España, y hasta distancias entre lugares, además de las edades de los tiempos, para llegar a la historia de los reyes godos y asturianos, con algunas referencias a los primeros monarcas de Pamplona.

En segundo lugar, la llamada *Crónica Profética*, un texto mozárabe cuyo nombre deriva precisamente de su particular interpretación de la profecía de Ezequiel, según la cual el límite de la dominación árabe en la Península se situaría hacia el año 883, muy poco después de que la propia obra fuese compuesta.

Y en tercer lugar, el texto conocido específicamente como *Crónica de Alfonso III*: el que mejor resume el planteamiento ideológico y político que

⁵ Vid. I. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, Madrid 1973, págs. 7-14.

⁶ Las Crónicas Asturianas o del ciclo de Alfonso III, cuentan con dos estudios, ediciones críticas y traducciones muy recientes realizados por J. GIL FERNÁNDEZ y otros *Crónicas Asturianas* (Oviedo 1985) y Y. BONNAZ, *Chroniques asturiennes (fin IXe siècle)* (Editions du CNRS, París 1987).

podiera haber en el reino de Asturias, a finales del siglo IX y después de casi dos siglos de dominación musulmana en la mayor parte del territorio peninsular.

El sentimiento religioso, que tanto tendrá que ver con el nacimiento del *Camino* de Santiago, formaba parte desde luego del planteamiento ideológico y político de todas estas crónicas; incluso con mayor fuerza y claridad que otras muchas cuestiones, como la posible tradición neogótica o la añoranza de un reino visigótico perdido.

Por otra parte, la importancia de esos sentimientos espirituales y religiosos resulta bastante lógica; sobre todo si pensamos que, entre otras cosas, el enfrentamiento con las autoridades islámicas de Córdoba y todo lo que éstas representaban, hacían de la cristianización una parte importante del programa de gobierno de cualquier monarca asturiano, y por lo tanto también del testimonio de sus historiadores.

Es cierto, que ninguno de los cronistas de la corte de Alfonso III recogió todavía el hecho concreto del hallazgo de la tumba del Apóstol Santiago, que según la tradición posterior se habría producido en tiempos del rey Alfonso II el Casto; apenas treinta o cuarenta años antes de que ellos escribieran sus textos.

Sin embargo, sus teorías y sus sentimientos —entre ellos los deseos de «liberación» providencial para el pueblo cristiano— fueron los que, al cabo, propiciaron que los monarcas cristianos, junto a buena parte del clero y del pueblo galaico, astur-leonés y hasta cántabro o lusitano, terminaran por buscar en este hecho —el de la posible presencia de unas reliquias apostólicas en Iria Flavia—, la fuerza que ni la fe pura y simple ni las armas les otorgaban.

EL PRIMER TESTIMONIO HISTORIOGRÁFICO JACOBEO: SAMPIRO

El avance territorial de los cristianos en la Península es un problema militar y político que excede de nuestro propósito, a no ser en cuanto en tanto las circunstancias que lo rodearon influyeran de forma decisiva en los planteamientos ideológicos.

Durante mucho tiempo, el poder militar cristiano en la Península no fue ni remotamente comparable al islámico y su avance, aunque continuo, resultó lento y penoso; sólo facilitado por el desinterés de los musulmanes hacia las tierras del valle del Duero.

Es verdad que alguna victoria, como la del rey de León Ramiro II frente a Abd al-Rahman III en Simancas, a mediados del siglo X, alivió algo el sentimiento de derrota de los cristianos.

Pero el balance global siempre fue bastante negativo, y de forma particular durante la segunda mitad del siglo X, cuando la dictadura militar de Almanzor en Córdoba llevó la desolación y la ruina a los pueblos del Norte peninsular.

La destrucción sistemática y concienzuda de la propia corte de León con su catedral, estuvo acompañada de la de otras muchas ciudades; entre ellas Zamora y Salamanca. Tampoco se salvaron los más importantes monasterios como Sahagún o San Pedro de Eslonza; llegando los monarcas y los obispos leoneses a tener que huir a tierras ovetenses, con las reliquias de san Pelayo, para poder salvar su propia vida y ante el peligro de un asalto «final» contra el reino.

Pero entre todos los episodios que las campañas de Almanzor produjeron, fue su expedición contra Santiago y sus valiosísimas reliquias una de las que más resonancia tuvieron. Se podría decir incluso que fue entonces cuando los reyes leoneses y, en general, muchos cristianos del Norte se dieron cuenta de lo que aquel lugar y aquellas reliquias podían representar para su causa.

No deja de ser significativo que el cronista *Sampiro*, que escribió su obra muy a principios del siglo XI y fue testigo directo de las heridas que los ataques de Almanzor dejaron en los territorios cristianos, a diferencia de lo que ocurría con los historiadores de la época de Alfonso III, dedique ya más atención a la iglesia compostelana⁷.

⁷ El principal estudioso de la Crónica de Sampiro continua siendo Fr.J. PÉREZ DE URBEL, con su obra *Sampiro, su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X* (Madrid 1952), que resulta imprescindible para muchos de los temas que aquí tratamos.

En una de sus versiones, cuenta como fue precisamente aquel monarca, Alfonso III, quien se preocupó, posiblemente a principios del siglo X, de mejorar la iglesia donde se encontraba el cuerpo del Apóstol Santiago, mandando construir una bella basílica que sustituyera al pequeño templo que antes existía.

Este testimonio historiográfico, siendo el primero de un autor peninsular cristiano, no deja de responder a una realidad mucho más antigua y profunda que ya había ido cobrando vida a lo largo de todo el siglo X.

El mismo historiador, *Sampiro*, da como muy antigua la costumbre de acudir, por parte de los reyes cristianos, «*causa orationis*» a la Tumba del Apóstol Santiago.

EL RELATO DE LA «HISTORIA COMPOSTELANA»

El relato que podríamos llamar «oficial» sobre el hallazgo y la peregrinación a la Tumba del Apóstol Santiago, dentro siempre del laconismo general de todas las crónicas cristianas, llegó por fin con la elaboración de la *Historia Compostelana*, durante la primera mitad del siglo XII⁸.

Se trata de una obra de carácter eclesiástico-político, según las clasificaciones de Sánchez Alonso, cuya composición respondió a la orden y a la voluntad personal del primer arzobispo de Santiago, Don Diego Gelmírez.

Al escribirla se quiso, ante todo, «ensalzar la prosperidad material de la Sede Compostelana» y que se conociesen «cuántos señoríos y heredades, ornamentos y dignidades adquirió dicho Arzobispo (Gelmírez) para su iglesia», así como cuantas «persecuciones y peligros soportó de parte de las tiránicas potestades por defenderla».

⁸ Por lo que se refiere a la *Historia Compostelana*, la versión crítica más reciente se la debemos a E.FALQUE REY, *Historia Compostelana: «Corpus Christianorum. Continuatio Medievalis»*, LXX (Turnholti 1988); a esta misma autora debemos una preciosa traducción recientemente publicada por la editorial Akal(Madrid 1994) y que se utiliza en la unidad didáctica para las citas textuales. Aunque tampoco se puede olvidar la que hicieron en su momento M.SUAREZ y J. CAMPELO, *Historia Compostelana*, publicada en Santiago 1950 y precedida de un buen estudio general del texto.

De hecho el relato de la *Historia Compostelana* responde a estos planteamientos que acabamos de citar y que llenan su prólogo, convirtiéndose en una especie de historia personal de don Diego Gelmirez: su carrera eclesiástica hasta alcanzar el obispado, sus luchas con la nobleza gallega, sus relaciones con Roma y la obtención de la dignidad episcopal, su intervención en las guerras civiles del reinado de doña Urraca (1009-1126), su enfrentamiento con la burguesía de Santiago de Compostela, sus relaciones con el Emperador Alfonso VII (1126-1157), hasta su muerte en torno al año 1139.

Pero por encima de todas estas cuestiones, los autores del *Registrum*, que es como la *Compostelana* se llamaba al principio, siendo canónigos de la propia Catedral, en ningún momento pudieron ignorar la causa última de su prosperidad y engrandecimiento: haberse convertido para entonces en uno de los tres principales Santuarios de la Cristiandad.

Además, pese a sus defectos, la *Compostelana* tiene la virtud de la inmediatez, mental y física, a los planteamientos más genuinos de lo que históricamente representó el *Camino*; por lo menos en sus etapas de mayor esplendor⁹.

Tal es el valor que se puede conceder a los dos primeros capítulos, de los más de doscientos cuarenta y siete de que consta en total la obra. Dedicados al «traslado del cuerpo del Apóstol Santiago a España» y su posterior «descubrimiento» respectivamente.

A) «El traslado de Santiago a España»

«Según hemos aprendido de la verdad evangélica—comienza diciendo la *Historia Compostelana*—, nuestro Señor y Redentor, cuando iba a subir al cielo a los cuarenta días de su Resurrección, ordenó a sus discípulos que predicaran el Evangelio por todo el orbe de la tierra y que bautizaran a los convertidos a la verdadera fe en nombre de la santa e indivisa Trinidad, diciéndoles: *Id por todo el mundo y predi-*

⁹ Tan sólo el *Códice Calixtino*, algo posterior, contiene un testimonio más vivo y cercano a los acontecimientos en su libro dedicado precisamente a las peregrinaciones a Santiago.

car el evangelio a toda criatura, etcétera. Y así al marchar los otros apóstoles siguiendo el mandato del Señor a diversas provincias y a ciudades para predicar el Evangelio, Santiago, hermano de san Juan apóstol y evangelista, permaneció en Jerusalén para predicar la palabra de Dios».

Para la mentalidad del peregrino y del creyente del siglo XII, la tradición y la fe son tanto o más válidos que la propia historia. Entre revelación e historia no hay unos límites demasiado precisos: Santiago el Mayor es ante todo un personaje evangélico, cuyo hecho histórico más relevante es paradójicamente su muerte:

«Y allí (en Jerusalén), decapitado por Herodes por confesar a Cristo y afirmar la fe católica, fue el primero de todos los apóstoles en sufrir martirio. Pues el Evangelista San Lucas dice en los Hechos de los Apóstoles: *Envió el rey Herodes tropas para maltratar a algunos de la iglesia e hizo morir por la espada a Santiago, hermano de Juan.* Y los judíos llevados por su malevolencia y envidia, no quisieron ni enterrar el venerable cuerpo del santo apóstol ni permitieron a los cristianos que entonces vivían en Jerusalén que lo enterraran, sino que, según afirma el papa León en la carta dirigida a los hispanos en la que habla de su pasión y traslado de su cuerpo a Hispania: *arrojando el cuerpo entero con la cabeza en las afueras de la ciudad, lo dejaron a merced de los perros, las aves y las fieras para que fuera devorado y consumido.*

La cita a la «Epístola del Papa León» o «Pseudoepístola», un texto del siglo X atribuido a un patriarca de Jerusalén, es la primera propiamente histórica—no evangélica—, que los autores de la *Compostelana* utilizaron para reforzar la veracidad de su narración y para preparar al lector ante los acontecimientos trascendentales que después ocurrieron.

Más de un historiador posterior se ha sentido frustrado, y hasta sorprendido, de cómo este texto, que habría de ser paradigmático por encima de cualquier otro a la hora de ensalzar la tradición jacobea en España, omita en cambio otras muchas noticias que ya por entonces circulaban al respecto.

Así ocurría, por ejemplo, con un antiguo *Carmen* de los doce apóstoles, compuesto a comienzos del siglo VIII por Aldhelm de Malmesbury, quien atribuía la conversión de los hispanos al cristianismo a la predicación del Apóstol Santiago.

Algunos autores hispanos de aquella misma época, como sobre todo el Beato de Liébana, consideraban a Santiago no ya sólo difusor de la doctrina cristiana en la Península Ibérica, sino incluso patrón de España. Y como a tal se le cantaban himnos en la corte del rey Mauregato.

Resulta bastante verosímil que para los autores *Historia Compostelana*, cuyo cometido es ensalzar a la propia sede jacobea, estos testimonios hagiográficos importaran menos que el hecho, para ellos incontrovertible, de la presencia última del cuerpo del Apóstol en los campos de Compostela:

«Pero sus discípulos —continúa la narración—, a los que el había ordenado en vida que llevaran su cuerpo a Hispania para enterrarle, recogieron el cuerpo con la cabeza durante la noche, según atestigua el papa León, llegaron hasta la orilla del mar con paso apresurado y, al buscar allí un barco para hacer el viaje a Hispania, encontraron en la playa una nave que les había sido preparada por Dios, en la cual se hicieron a la mar llenos de gozo dando gracias a Dios de manera unánime tras embarcar el santísimo cuerpo, y después de evitar Escira y Caribdis junto con las peligrosas Sirtes, siguiendo el rumbo de la mano del Señor, arribaron a bordo del afortunado navío primero al puerto de Iria y luego llevaron el venerable cuerpo al lugar que entonces se llamaba *Liberum domum* y que ahora se llama Compostela, donde lo sepultaron siguiendo el rito eclesiástico bajo unos arcos de marmol».

Realidad, milagro y leyenda se entremezclan en este relato con la misma naturalidad y sencillez con que ocurre en cualquier narración altomedieval: Dios prepara un barco a unos navegantes que se encuentran con los viejos monstruos —Caribdis o Escila— que habían aterrorizado a los antiguos viajeros paganos de los relatos homéricos; pero que no impedirán, a última hora, la llegada final de las sagradas reliquias hasta su destino en el extremo occidental del mundo cristianizado.

En este sentido da igual leer la *Historia Compostelana* o el famoso *Códice Calixtino*; algo menos fantasioso este último, pero tan firme en sus convicciones —las de cualquier peregrino del siglo XII— como el primero: el camino por el cual el Apóstol Santiago llegó a España estuvo determinado y guiado por la providencia divina.

B) «Descubrimiento del cuerpo de Santiago»

A diferencia de lo que ocurre con las tradiciones jacobeanas sobre la «venida» del cuerpo del Apóstol a la Península, y su posterior enterramiento en los confines de Galicia, el descubrimiento de su sepultura, tras un largo período de oscuridad y olvido, tiene para los historiadores de la Alta Edad Media la emoción y el valor inmediato del misterio vivido muy de cerca.

Las causas que provocaron ese «olvido» y que en un momento providencial habría de superarse, tienen mucho que ver según los autores de la *Compostelana* con la invasión sarracena; la misma que mientras escribían se asentaba todavía en buena parte de España:

«Había florecido desde antiguo la religión cristiana en aquel lugar —en los entornos del sepulcro del Apóstol— entre los seguidores de la fe católica, pero al llegar el tiempo de la persecución y pisotear la soberbia tiranía de los paganos la dignidad del hombre cristiano, casi todo el culto de la religión cristiana se había perdido hacía ya mucho tiempo. Así pues, en época de los sarracenos y largo tiempo después de la restauración, la venerable tumba del santo apóstol, que no era visitada por ningún cristiano, permaneció cubierta durante muchísimo tiempo por la espesura de los arbustos y del bosque y no fue revelada o conocida por nadie hasta la época de Teodomiro, obispo de Iria».

Todavía en el siglo XII corría de boca en boca lo «que sucedió a este obispo Teodomiro» y como «en sus tiempos la omnipotencia de la divina majestad se dignó ayudar e iluminar la iglesia occidental con el descubrimiento del sepulcro de tan gran Apóstol».

La tradición oral estaba tan viva que el autor del segundo capítulo de la *Compostelana* —el dedicado precisamente al hallazgo del cuerpo de Santia-

go el Mayor en Compostela—, comienza su narración con un lacónico «se dice» y no cabe duda que transcribió casi al pie de la letra lo que de viva voz se le decía:

«Unos hombre, personas de gran autoridad, refirieron al mencionado obispo (Teodomiro) que habían visto muchas veces unas luminarias que brillaban de noche en el bosque que, por el mucho tiempo transcurrido, había crecido sobre la tumba de Santiago, y que allí se les habían aparecido ángeles con frecuencia. Cuando escuchó esto, el mismo se dirigió al lugar donde aquellos aseguraban que habían visto tales cosas, y efectivamente contempló con sus propios ojos las luminarias que brillaban allí. Inspirado, pues, por la divina gracia, se dirigió rápidamente al referido bosquecillo y mirando alrededor con cuidado encontró entre los arbustos y malezas una pequeña casa que tenía dentro una tumba de mármol. Después de encontrarla, dando gracias a Dios, se dirigió enseguida a presencia del rey Alfonso el Casto, que entonces reinaba en España, y le dio a conocer el asunto verazmente según había oído y visto con sus propios ojos; el rey en persona, enchido de gozo por tan gran noticia, con paso apresurado vino a estas regiones y restaurando la iglesia en honor de tan gran Apóstol trasladó el episcopado de la sede iriense al lugar que se llama Compostela, con la autoridad de muchos obispos, de los siervos de Dios y de nobles varones y con privilegio real. Hemos escuchado a muchos que lo cuentan que esto sucedió en tiempos de Carlomagno».

Resulta incuestionable que cualquier caminante o peregrino del siglo XII, sobre todo si se dirigía a Compostela, conocía y asimilaba esta «historia». Una historia que había hecho propia y que se convertía en vivencia al llegar junto a la Tumba del Apóstol.